

6.º *Rogate quæ ad pacem sunt Jerusalem, et abundantia diligentibus te.*—Apóstrofe á las Religiosas y al mundo.—Ventajas de la oración para la sociedad.

7.º *Fiat pax in virtute tua, et abundantia in turribus tuis.*—Paz en la fortaleza.—Todo pasa menos la palabra de Dios.—Cuál es esta respecto á la Religiosa.—Abundancia en la pobreza.—Milagros providenciales.—Quien á Dios tiene nada le falta.—Santa Teresa.

8.º *Propter fratres meos et proximos meos, loquebar pacem de te.*—Ruegos por su familia.

9.º *Propter domum Domini Dei nostri, quæsi vi bona tibi.*—Por todos.—Súplica.

## SERMON

### PARA ENTRADA EN CURATO.

*¿Pacíficus ne est ingressus tuus? Et ait: Pacíficus; ad immolandum Domino veni.*

¿Es de paz tu venida? Y respondió: De paz es; á sacrificar al Señor he venido.

(1.º Reg., c. XVI, vs. 4 y 5.)

Reprobado Saúl por Dios y rechazado, en su consecuencia, por Samuel, á pesar de sus instancias, de sus lágrimas y de sus promesas, el Profeta se retiró llorando á aquel que no debía ya ver más hasta la víspera de su desdichada muerte, según la narración textual del Libro Divino. «No llores, le dijo entonces Dios; su reprobación es ya irrevocable; vas á ungir un nuevo monarca para Israel que he buscado en Belén.» Y á Belén, según las instrucciones precisas y terminantes del Altísimo, marchó el hijo de Elcana el Efraimita, llevando un becerro para el sacrificio, y dispuesto á derramar el óleo santo sobre el hombre que el Señor le indicase.

Y los ancianos betlemitas, sigue diciendo el texto sagrado, se llenaron de admiración al verle, y le preguntaron á continuación: *¿Es pacífica tu venida?* Y contestó: *Pacífica; he venido para sacrificar al Señor;* que han sido, hace un instante, las palabras de mi tema.

Los vecinos de este pueblo, los feligreses de esta parroquia, los individuos de esta Corporación Municipal, que tan digna-

mente me honran hoy con su presencia en este santo templo; los ancianos, si así lo queréis, es decir, los depositarios de las tradiciones y de la fe de sus padres; las familias y las personas respetables y honradas, y acreditadas por su virtud no menos que por su arraigo en esta población, me parece, que como los de Belén, preguntan hoy á su nuevo Párroco: *¿Es pacífica tu venida?* y su Párroco, que comprende y agradece en el fondo de su alma y de su corazón toda la noble ingenuidad de esta pregunta, está aquí para contestarles, desde luego, con el Profeta amado de Dios y de los hombres: *Pacífica; he venido á sacrificar al Señor.*

Y á fin de ampliar más mi respuesta y mi pensamiento, escuchad la continuación de la Letra revelada: *Venid, santificaos; y venid conmigo para que ofrezca el sacrificio.* «Y santificó, concluye la Sagrada Escritura, á Isai y á sus hijos, y los llamó al sacrificio donde debía tener lugar, por inspiración divina, la consagración para el solio de Israel del más pequeño, del que guardaba en el campo las ovejas de la familia.»

No me preguntéis, pues, ya más, amadísimos hijos y feligreses míos, á qué vengo yo entre vosotros, y si es de paz mi venida; ya os he respondido con Samuel, ni más, ni menos; vengo de paz, vengo para sacrificar al Señor; para sacrificar mi alma, mi corazón, mi vida por vosotros, si fuera así preciso; porque el buen pastor, ha dicho Jesucristo, debe dar la suya por sus ovejas, á diferencia del mercenario que no es pastor ni se cuida de ellas, y se las arrebata el lobo, y perecen por falta de vigilancia, y de pastor, y de abrevaderos, muertas de terror, y de hambre, y de fatiga; no, aquí estoy yo, aunque indigno ministro de Dios, para apacentarlas en un todo; pero también, según las restantes frases del Profeta, para sacrificar, unido con ellas, al Señor: para invitarlas, como él, á santificarle; porque esta es la misión doblemente hermosa del sacerdote católico, y más especial del encargado de la cura de almas: santificarse á sí y á los demás: sacrificio para sí y enseñanza y dulce imposición del sacrificio para todos los en-

comendados á su pastoral vigilancia; vengo como Samuel, en una palabra, enviado por Dios para ungirle almas fieles, para buscarle Reyes en medio de su pueblo, para llenar las sillas de la gloria.

Voy á explicar brevemente estas ideas: voy á presentaros un instante los deberes del Párroco, para que comprendáis toda su importancia y toda su nobleza, y para que comprendiéndolos advirtáis de paso, queridos hijos, los vuestros respecto de mi augusta función y ministerio, y me ayudéis, como humildemente os lo suplico, desde ahora á sobrellevar el enorme peso del cargo parroquial que he tomado por vuestra salud eterna.

Dad fuerzas á mi inteligencia, á mi corazón y á mi voz, Dios mío, decuya paternidad toma nombre, en expresión de San Pablo, toda paternidad en el cielo y en la tierra, como que Vos constituís toda autoridad en su verdadero, único é innegable principio; dad también á mis amados fieles obediencia y sumisión á vuestra divina palabra, sobre todo en este día, en que por vez primera sale, por ellos y para ellos, de mis indignos aunque consagrados labios; que los suyos, como los míos, se abren ya para saludar á la Virgen que os concibió por una palabra sólo, contestando al Arcángel que la saludó como nosotros:

AVE MARÍA.

Toda la vida del hombre sobre la tierra, que es lucha constante, en frase de Job, puede sintetizarse en tres palabras, que expresan sus tres fases ó épocas principalísimas: *nacer, amar, morir.* Pues bien, amados míos, en esas tres circunstancias se halla siempre el Párroco, prodigando su misión y venida de paz entre sus feligreses.

Nace el hombre, si nacer puede llamarse venir á este mundo de miserias, entre dolores y llanto; y como hay una vida mejor que esto que llamamos nosotros vida, y que necesita,

aun bajo su aspecto material y físico, muchas veces del sacerdote y del Párroco para desarrollarse y satisfacer sus primeras urgentes necesidades, el encargado del cuidado de las almas viene, como Samuel, á un nuevo Belén, donde debe verificarse el más dichoso nacimiento, la más sublime mística unción, la coronación más misteriosa; y despreciando, por el momento, á Eliab, de alta estatura, y á Abinadab, ya formado, y á Samma, diestro en el arte de la guerra, es decir, á los feligreses avezados ya en la lucha, y formados ya para Dios, y elevados en la presencia de los hombres, fija toda su atención y su mirada en el más pequeño de los hijos de Isaí, en el David que nace, porque á aquel urge por el instante regenerar, porque á aquel ha elegido novísima y últimamente el Señor para reemplazar acaso algún Saúl reprobado, que su Cura lloró inútilmente ante la presencia divina; aquella alegría le indemniza de todas sus penas, aquel acto sublime le recompensa sobradamente de todas sus fatigas; y el buen Pastor, quizá próximo ya al borde de la tumba, agoviado por los años y por los sufrimientos del cuerpo y del espíritu, toma ese niño que le entrega en su jurisdicción la nodriza santa de la Iglesia Católica; de sus labios, siempre fecundos é inagotables en verdad y en bien, escucha aquellas frases que la hija de los Faraones dirigiera á la madre misma de Moisés, creyéndola madre asalariada: *Toma este niño y criamele; yo te daré mi recompensa.*

Y lo entrega á la madre vivo, con doble y feliz vida, como Jesucristo entregó á sus padres á la niña del Archisinagogo desde su féretro coronado de rosas, á la viuda de Naim el cuyo cuando le seguía sollozando; ¡y si ese niño muere, el Párroco vendrá también junto á ese sepulcro de flores, en que parece reirse la inocencia burlando las astucias, la crueldad, y la dureza y rigidez de la muerte, para bendecir al niño y á la madre en nombre de Dios, y para prometerles que se darán para siempre un eterno beso en el cielo!

Pero si ese niño vive, el Párroco compartirá con los autores

de sus días los vigilantes cuidados de esa tierna y delicada planta; enseñado por su divino Maestro á respetar la inocencia y á admirar el candor de la niñez, hasta sabrá hacerse con él pequeño para inculcar en su corazón los gérmenes de la virtud y de la fe de sus padres; y unido al niño tan estrechamente como Jonatás á David, sabría morir si preciso fuera con él, para preservarle de las asechanzas de Saúl, y para prepararle á la lucha con Goliath, el gigante blasfemo y espantable; cual otro arcángel Rafael, constituido en compañero de viaje de Tobías el joven; él será su segundo padre, su guía, su médico, su amigo, su consejero, en fin, para restituirlo al hogar paterno, digno de Dios, de sí, de su familia, de su pueblo y de su patria.

Esto es *nacer*, amados feligreses, y nacer en manos de vuestros Párrocos; porque esto es vivir, no la vida sensible y material únicamente, la vida que nos es común con los brutos, sino la vida de la inteligencia con los ángeles, y la vida del corazón con los hombres, y la vida de Dios, que en frase del Discípulo amado es caridad, que se manifiesta como Él en todos los actos de esa vida dichosa.

Dios es amor, sí; no necesito repetirlo y probarlo, porque lo sabéis y lo confesáis como yo; pues bien, ese mismo Discípulo del amor lo ha dicho: *El que no ama permanece en la muerte*; y esa caridad y ese amor, que es la vida de Dios y del cristiano, no es un amor platónico, permitidme la frase, no es un amor ideal y puramente teórico: es un amor esencialmente práctico; un amor de obras, un amor que se traduce en infinitas y sublimes manifestaciones.

Y aquí la misión de paz de los nuevos Samueles de las feligresías de Cristo; como el amor y la paz son el ideal de Dios, y la divisa constante de Satán, según la etimología de su nombre, es el odio, la división y la guerra, el Párroco ha de dirigir, necesariamente, todos sus esfuerzos á la consecución precisa y constante del ideal de Dios, en su amada feligresía; para él, y ante él, todos son exactamente iguales, como lo son

ante el divino tribunal, cuya justicia todos los días anuncia: respetará las clases, porque hasta en el cielo hay sillas superiores, según los méritos y las gracias de Dios; pero su inmutable objetivo, su línea de conducta, eterna é invariable, ha de ser la razón y la justicia; el bien y la virtud, serán siempre objeto de su alabanza, como el error y el vicio de su reprobación animosa y enérgica; pero recordando la mansedumbre del que nos envió como á corderos entre lobos, hará, en verdad, siempre práctico el axioma de la paz y de la misericordia y de la mansedumbre, tan acertadamente expresado en las inscripciones de las puertas de muchas de nuestras antiguas casas de corrección: *odia el delito y compadece al delincuente*; y practicando la doble misteriosa vida de su Maestro divino, vivirá separado, y unido á los pecadores, para no tomar sus ejemplos, y para no exasperar sus maldades, derramando sin cesar sobre ellos el óleo santo de la paz y de la misericordia.

Vedle, si no, en el tribunal santo de la penitencia: allí no se trata ya de la oveja extraviada, que con su conducta extravía á su vez el resto del amante redil, y á la que es preciso apartar del rebaño por todos los medios posibles, no: se trata de la oveja traída en sus hombros desde largo trecho, buscada en los rincones de la casa como la dracma de la mujer de la parábola evangélica, de la margarita bruñida por el buril del arrepentimiento, y lavada por las lagrimas del dolor: ¡ah! el Párroco también llora, sin poderlo remediar, muchas veces en aquel tremendo sitio: y llora de alegría al ver renacer á ese hombre, que él mismo acaso bautizó y educó, y amparó en todos los terrenos; á cuyos padres consoló y acompañó hasta la sepultura..... ¡dejad llorar á los dos, al Cura y al feligrés, al pastor y á la oveja, al padre y al hijo, porque ese llanto es la señal de la paz y del amor! ¡porque ese hombre, amando á Dios, amará á sus semejantes, como debe de amarlos, en verdad! ¡porque ese llanto ahogará muchas discordias, y evitará acaso muchos crímenes! ¡Que lloren los dos, para que ese pecador aprenda á amar

al ser renacido de una manera tan prodigiosa, y más que lo fué al ser unguido en las fuentes bautismales!

No quiero hablar del matrimonio, unión misteriosa y admirable, imagen de Cristo y de su Iglesia, extensión sucesiva y continuada del reinado del Verbo que se encarnó por nuestro amor sobre la tierra, unión que bendice el Párroco y que constituye, según la legislación canónica, el acto más supremo de su jurisdicción, hasta la validez ó nulidad del Sacramento, no: voy á ocuparme, y brevemente ya, porque no quiero ser molesto, de la tercera fase; del *morir* en el hombre.

Mis feligreses amadísimos: la muerte no es precisamente un dogma de fe, ni una creencia superior á nuestras pobres luces que la Iglesia nos impone: es una verdad tristemente experimental y práctica en su esencia, oscura é impenetrable en su forma: para ser entendido por todos, que es lo que deseo, *sabemos dónde hemos nacido, pero no sabemos dónde hemos de morir*.

¿Será en países no católicos, sin Sacerdote á la cabecera de nuestro lecho, abandonados en el fondo de un bosque, sumergidos en las corrientes, abrasados por el fuego, víctimas del puñal de un malvado? Apartemos esas tristes ideas, y supongamos, por la misericordia de Dios, que es infinita, nuestra muerte en brazos de la religión y de la familia, aquí, en el pueblo que nos vió nacer, en los lugares que contemplaron nuestros juegos de la infancia y nuestras borrascas acaso de la juventud, y nuestras desgracias de la edad madura, y nuestras miserias de la vejez: ¿estáis contentos, mis amados, de morir así, quizás sin haberos separado jamás de estos sitios en que conservasteis mejor la inocencia y la fe, que en una vida azarosa y revuelta en el mundo? Creo que deseáis lo mejor, si esto deseáis, y que podéis daros por muy satisfechos si así Dios en su inmensa bondad os lo concede: pero aquí entra el Párroco, porque de cualquier modo necesitáis su misión en ese terrible trance.

Sí: el Párroco que os vió nacer y que os introdujo en el

mundo por las vías inefables de la gracia; el Párroco que os ungió reyes, como Samuel á David; el Párroco que sacrificó por vosotros y por vuestra salud en el altar al Cordero sin mancilla; que sacrificó todo, si es preciso hasta su vida, por establecer en su feligresía la paz del Dios en Belén nacido y por los ángeles á los hombres de buena voluntad anunciada; el Párroco, en fin, que os convidó á sacrificarlo todo á Dios, según vuestro respectivo estado y circunstancias, como Samuel á los ancianos betlemitas y á la familia del afortunado Isaí, está á la cabecera de vuestro lecho de muerte; mas no pavoroso como la sombra de Samuel en la cueva de Endor, evocada por la Pitonisa ante el desdichado réprobo Saúl, sino risueño, apacible, deseando, según lo que sus ojos ven en el libro de la Iglesia, que Cristo se presente en igual forma ante vosotros acaso en el mismo instante que así lo desea vuestro Cura.

Él os ha fortalecido con los Sacramentos, que tantas veces os dispensó en la vida; él ha bendecido al pecador contrito y humillado, ha depositado en su boca el manjar de paz y de vida sempiterna, y ha ungido vuestros miembros, fatigados por la enfermedad, con el aceite santo de las curaciones temporales y eternas: *venid, santificaos: venid á inmolar conmigo, porque mi venida es de paz*, os está repitiendo; sacrificad con el último sacrificio, que en el hombre es la vida: santificaos, que el Señor se os acerca, y estoy eligiendo un pequeño pastor para el eterno redil, yo, pobre Pastor también, pero encargado de ungirle por el Príncipe de los Pastores, por el Pastor santo de las eternidades.

Basta: así deseo vuestra muerte; así deseo la mía; entre tanto, feligreses de mi corazón y de mi alma, aquí me tenéis; como la pobre moabita Ruth, á la que no podían separar de Noemí las aflicciones, vuestro pueblo será mi pueblo, como vuestro Dios es mi Dios: ayudadme, como suplicaba el Crisólogo á sus fieles, á llevar el peso enorme que por vosotros he aceptado, con vuestras oraciones, docilidad y aprecio; para que rigiendo esta parroquia con provecho para vuestras almas y la

mía en paz, unión y concordia, y ofreciendo todos sacrificios agradables al Señor, como el de Samuel, podamos algún día, Párroco y feligreses, reunirnos dichosos para siempre en la gloria. Amén.

### CROQUIS Ó MODELÓ DEL SERMÓN DE ENTRADA EN CURATO.

---

*¿Pacificus ne est ingressus tuus? Et ait: Pacificus; ad immolandum Domino vent.*

*¿Es de paz tu venida? Y respondió: De paz es; á sacrificar al Señor he venido.*

(1.º Reg., c. XVI, vs. 4 y 5.)

*Exordio.* Hecho de Samuel viniendo á Belén á elegir á David.—Sus frases respondiendo á las de los ancianos del pueblo, que son las del texto.—Aplicación al acto y situación del nuevo Párroco.—Terminación del relato bíblico.—El sacrificio.—La invitación.—La elección.—Misión de paz.

---

Síntesis de la vida del hombre.—*Amar, nacer, morir.*—El Párroco en ellas.—*Nacer.*—El Bautismo.—Su importancia y alegría en el corazón del Cura.—Se devuelve por él el niño á la madre.—Palabras de Thermutis.—Jairo.—Naím.—Aplicación del tema.—Si muere, consuelos para todos por el Cura.—Si vive, misión especialísima del Pastor.—Educación.—Tobías y el Angel.

---

*Amar.*—Dios es amor.—La paz y el amor ideal de Dios.—El odio y la guerra de Satán.—Extensión práctica de la ley del amor por el Cristianismo.—Misión de paz del Párroco en este terreno.—Intolerancia con el error y el vicio.—Caridad con el pecador.—El tribunal de la penitencia.—La oveja extraviada.—La dracma.—La

margarita.—El llanto del Pastor y de la oveja.—Preterición sobre el matrimonio, su significación é importancia parroquial.

---

*Morir.*—Certidumbre é incertidumbre de la muerte.—Situación del Párroco en este supremo trance.—Sus consuelos.—Los Sacramentos.—Sus palabras de esperanza y alegría.—Aplicación de las palabras del hecho de Samuel sobre el sacrificio, é invitación á él.—Sacrificio supremo del mortal.—Aceptación resignada de la muerte.—Reflexiones y súplica.

---

## SERMON

### PARA DESPEDIDA DE CURATO.

---

*Testis est Dominus adversum vos, et testis Christus ejus in die hac, quia non inveneritis in manu mea quippiam. Et dixerunt: Testis.*

El Señor es testigo contra vosotros, y su unguido es testigo en este día, de que no habéis hallado en mi mano cosa alguna. Y respondieron: Testigo.

(1.º Reg., c. XII, v. 5.)

En el día en que por vez primera tuve el gusto de dirigir la palabra á mi llegada entre vosotros, recordaréis, amados feligreses, si vuestra memoria no os es infiel, que tomando por tema y base de mi pobre peroración un hecho del mismo Sagrado Libro I de los Reyes, que ahora vuelvo á abrir para deciros adiós con todo mi corazón y con toda mi alma, os presenté á Samuel contestando afirmativamente á los betlemitas ancianos, que le preguntaban si era de paz su llegada; y sobre esa respuesta, y la invitación al sacrificio, y la revista pasada á los hijos de Isaí, y la elección de David, el más pequeño de todos, establecí la misión pacífica del Párroco, los deseos de santificación, propia y ajena, que le animan, su disposición al sacrificio, su inspiración de lo alto para bendecir, elegir y ungir reyes para el cielo, y todas las demás grandezas inefables de su carácter augusto, que no sé, ciertamente, si habré sabido desplegar como debí ante vos-